

# CONFESIÓN

—Ave María Purísima.

—Sin pecado concebida.

—Dime de qué te acusas.

—No sé por dónde empezar. Me da la impresión de que lo he hecho todo mal. Tal vez me pudo la vanidad, el exceso de ambición. El caso es que cuando me di cuenta de lo que estaba haciendo, de lo que había hecho o de lo que venía haciendo desde hacía tiempo, el asunto ya se me había ido de las manos.

»Yo me había propuesto construir algo grande; algo hermoso, artístico, y creo que al principio lo era. Cuando creé el cielo y la Tierra, las galaxias y los planetas, me estaba divirtiendo, ya lo creo que sí. Luego me puse con los bosques y los ríos, con los océanos, los montes y los glaciares, y con las criaturas que en ellos habitan que son muchas y muy variadas, cada una con su complejidad y su misterio: el nautilus, el colibrí, los koalas, la trufa negra... Hasta ahí bien; estaba incluso orgulloso. Fue después cuando se torció todo. Debí haberme parado en aquel momento, pero no lo hice, ese fue mi error; me pudo la vanidad y me dio por crear al humano a mi imagen y semejanza. En verdad le digo que fue en mala hora.

»Yo me esmeré con ellos; lo di todo. La complejidad de una retícula de miles de millones de neuronas, de las diez mil terminaciones nerviosas de un clítoris, la de un iris, la de la amígdala, la del hipocampo... Todo eso no fue fruto de la improvisación; fue un trabajo de orfebrería fina.

»Al principio fue como un juego, como el niño que se divierte con sus muñecos. Eran pocos y los tenía más o menos controlados; me entretenía observando sus travesuras y sus preocupaciones por cosas sin importancia: Adán con su libido descontrolada, Caín con su mala leche, ¡y el susto que se llevó Noé con el chaparrón!... Eran episodios inocentes, un pasatiempo. Fue luego; luego todo fue demasiado rápido; se fueron reproduciendo sin control; se fueron organizando en tribus; fueron creando ejércitos, inventando cosas cada vez más sofisticadas: empezaron con el fuego, la rueda, la palanca... Yo me decía que me habían salido listos; me enorgullecía de ellos y del resultado de mi trabajo, tan creativo, pero antes de que me diese cuenta

—en cuestión de algunos milenios— ya habían inventado la máquina de vapor, la imprenta, los rayos X, y enseguida llegó la bomba atómica, las criptomonedas, el fentanilo, la inteligencia artificial; ¡cosas para autodestruirse!

»Yo ya no daba más de mí; había estado tal vez demasiado distraído con otros temas; gestionar todo un Universo no es cosa baladí, requiere mucha concentración, y estoy yo solo. El caso es que cuando vi la gravedad del asunto, ya no había vuelta atrás. Ahora están por todas partes; son demasiados; se han preparado bien; saben demasiadas cosas y han construido máquinas que piensan por encima de los parámetros que ellos son capaces de cubrir. ¡Si al menos las usaran bien!

»El caso es que a veces me sorprenden; algunos, con su libre albedrío, son capaces de maravillas que ni había imaginado. Qué sé yo, los trapezistas, los mosaicos romanos, las películas de Tarkovski, el jamón ibérico, un solo de timbal de Tito Puente...

»Me pregunta de qué me acuso. Pues de todo: me acuso de no haberme dado cuenta de que la riqueza en el mundo esté tan mal repartida; de que haya países enteros llenos de niños esclavos que trabajan dieciséis horas al día para que unos pocos habitantes de los países ricos puedan dilapidar su dinero en frivolidades; en Rolex, en bolsos de Vuitton o en Lamborghinis, mientras ellos apenas comen una vez al día un cuenco de arroz y no tienen para zapatos.

»Me acuso de haber permitido que los humanos ensucien la Tierra; que la cubran de plásticos y de aguas infectadas de residuos tóxicos; que llenen los fondos de los océanos de desechos radiactivos, la atmósfera de gases tóxicos; que arrasen con la selva y que cientos de especies animales sucumban cada año a la avidez de los humanos; que no se conformen con ensuciar la Tierra y que hayan empezado a esparcir basura en el espacio; no era ese el plan.

»Me acuso de haber tolerado que unos pueblos masacren a otros. Que los países más poderosos bombardeen a poblaciones civiles en las que acaben practicando amputaciones sin anestesia a niños mientras los demás países poderosos miran hacia otro lado. Yo pude haber evitado todo ese dolor y no lo hice.

»Me acuso de haber calculado mal y haber aceptado que los recursos estén tan mal repartidos: el agua, las tierras fértiles, el acceso a la educación, a la sanidad... Y de que allá donde hay recursos mineros sean los que vienen de fuera los que los saqueen.

»Me acuso de haber consentido que en mi nombre se hayan fundado sectas que se dedican a enriquecerse a costa de los más ingenuos, a construir palacios para sus dirigentes, y a

acumular poder e influencia mientras gobiernan y explotan el miedo de sus acólitos con supersticiones de viejas.

»Me acuso de haber enviado a mi hijo tan pronto a intentar solucionarlo; aquello fue un gran error. No tenía que haber delegado; tenía que haber ido yo o haber intentado poner orden desde aquí arriba. Me lo torturaron y me lo mataron y aquello no sirvió de nada; sirvió para que las sectas se multiplicasen, se escindiesen, se subdividiesen y comenzasen a matarse entre sí en mi nombre. ¡En mi nombre, figúrese! Ahora los oigo rezarme, cada uno en su idioma y con sus ritos, y todos me piden que les ayude a aniquilar al otro; figúrese. Un asco.

»Yo ya no sé qué hacer para solucionarlo. Parece que me buscan mi lado oscuro, y yo no quería recurrir a castigos; lo del infierno fue un farol que ya no cuela. Además, tengo miedo de que cualquier castigo que le imponga a un colectivo acabe produciendo daños colaterales inasumibles que sin duda recaerán sobre los más débiles.

»A veces creo que la solución sería acabar con todo de una vez y para siempre; enviar un meteorito o algo así de radical que destruyese la Tierra, y empezar desde cero en otra galaxia; ¿será por galaxias?, pero esta vez sin humanos, eso lo tengo claro. Sería bonito. Si no lo he hecho antes, es porque supondría otra injusticia: el resto de habitantes no humanos, los nautilus, los colibrís, los koalas, las trufas negras, no tienen la culpa de nada; ellos no han hecho ninguna maldad y no se les puede castigar con la extinción. ¿Usted le ha visto la carita a un koala? Eso no me lo podría perdonar: demasiado daño he hecho ya, y además no podría asumir un fracaso tan grande; prefiero el fracaso menor de abandonar a los humanos a su suerte y que acaben matándose entre ellos; no creo que tarden. En fin, sé que no van a tardar; después de todo, debido a mi trabajo, hay cosas del futuro que puedo ver. Ya si eso, cuando hayan desaparecido, miraré de limpiar y de arreglar el desastre que hayan dejado, que no será cosa fácil.

»Creo que he fracasado; que con todo lo omnipotente que soy, lo he hecho todo como no debía. Que como dios no valgo un duro. Que no tengo perdón.

*Mauricio Antón*